

Fuentes y el cadalso del alma

Edgar Esquivel

Este otoño tenemos que poner puntos suspensivos en nuestra ocupación y dejar que el apresuramiento y las interrupciones cesen totalmente...

E.M.H.
París era una fiesta

I

No siempre puede uno digerir los textos de Platón en primera instancia. Pero esto no significa que su obra sea una lectura destinada a los sabios que de un solo golpe entienden a cabalidad sus nociones sobre el mundo de las ideas y lo terrenal, concierne al hombre y las cosas. En el *Timeo* se encuentra una frase lapidaria, misma que no he permitido que me abandone: no soy erudito, pero cómo disfruto el tratar de encontrarle más de un sentido.

Cuando su padre y progenitor vio que el universo se movía y vivía como imagen generada de los dioses eternos, se alegró y, feliz, tomó la decisión de hacerlo todavía más semejante al modelo. Entonces, como éste es un ser viviente eterno, intentó que este mundo lo fuera también en lo posible. Pero dado que la naturaleza del mundo ideal es sempiterna y esta cualidad no se le puede otorgar completamente a lo generado, procuró realizar una cierta imagen móvil de la eternidad y, al ordenar el cielo, hizo de la eternidad que permanece siempre en un punto una imagen eterna que marchaba según el número, eso que llamamos tiempo.

La segunda vez que esta noción —*cuando la eternidad se mueve, la llamamos tiempo*— me abordó fue en una lectura que, si bien no poseía las propiedades de iniciati-

ca, pues estoy convencido de que la generación en donde se me puede ubicar carece de algo parecido que aplique de forma general (aunque sería interesante repensar el asunto), al menos en mi caso dejó cierta inquietud y la voluntad suficiente para no soslayar la comprensión del revés de ciertos temas que en *un* entonces me propiciaron verdadera pasión.

Delirios aparte, a través de lo que reflexionaban escritores como Carlos Fuentes —el texto era y es *Nuevo tiempo mexicano*—, uno se encontraba con la posibilidad de reconsiderar lo que *era nuestro tiempo* y lo que parecía viable a partir de los primeros saldos de una era que llegaba a su fin. Años después, ahora, no termina por unificarse lo que cada quien entendió como “transición” y la sombría sospecha de que hemos dejado pasar el momento adecuado para reinventar un país, pese a la retórica que va implícita, alimenta lo peor de nuestra condición humana. Una pregunta sigue abierta: *¿Cuánto falta para que llegue el presente?* Ni hablar del antes o el después. ¿Dónde está el nuevo Platón para que venga a dar *otra* explicación sobre el desgarrate que hemos hecho con la época en la que nos tocó vivir?

II

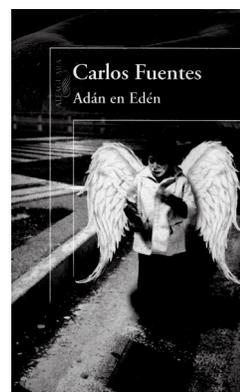
“¿Era Carlos Fuentes o era Jorge Negrete?”. La anécdota que antecede esta pregunta de Manuel Vázquez Montalbán se escribió así: “Nunca le he pedido un autógrafo a nadie, ni pienso hacerlo y por lo tanto si pedí a Juan Goytisolo que acercara a Carlos Fuentes a mi mano tendida no fue para tocar ídolo, sino para tocar literatura leída y compartida, es decir, coescrita si Goethe tenía

razón cuando afirmaba que toda hechura estética al menos es cosa de dos”.

Si nos apegamos a lo tradicional del término, lo clásico es aquello que no cesa de expresar o decir. Independientemente de cómo cada temporada le da una bienvenida y una despedida, está listo siempre para lo que viene. Puede asombrar o dejar de hacerlo, será alimento de críticos conversos o lectores rebeldes por necesidad y pose, mas no por naturaleza, pero referencia será. Lo maravilloso de esos casos es que generan controversia a tiempo y destiempo, nada más propio al hecho artístico auténtico que la provocación. *El escritor y el artista no saben: imaginan. Su aventura consiste en decir lo que ignoran. La imaginación es el nombre del conocimiento en literatura.* En *Geografía de la novela* queda así plasmada una declaración de principios que vale con cada escrito producto del arrebato, la lucidez o el llanto.

III

Si en el *El tuerto es rey* “el orden es la antesala del horror”, en su nueva propuesta narrativa, *Adán en Edén*, Carlos Fuentes nos advierte que es precisamente en el edén donde el caos puede ser antesala y cuarto principal. ¿Cuánto tiempo más podremos soportar y sobrellevar como sociedad las humillaciones, seducciones y trastadas de doble filo que el poder genera? ¿De qué manera podemos eludir la tentación que provoca el evitar las formalidades que una democracia exige para sí?, porque el hecho de sentir la seguridad de que todo puede tener una solución según nuestros caprichos, sin rendir cuentas y hacernos la vida fácil, a la fecha no es moneda de cambio.



¿Cuál es la historia de Adán Gorozpe?, protagonista que no desea ser héroe (recordemos que en México *no hay héroes vivos*) y que se conduce por la vida tratando de que nada lo altere más de allá de lo esencial. Discreto beneficiario de la vacilante conjugación entre virtud, fortuna y necesidad (*dame poder y te doy clase*). Practicante del secreto, su triple vida (familia, trabajo y amante) formaliza en lo básico las apariencias tan necesarias en el juego de los poderosos: gobernarse a sí mismo es gobernar bien dos y hasta tres mundos que deben estar separados. Un hombre cuya movilidad depende de que todo culmine en serenidad.

Me doy cuenta de que todos se hacen una *idea* de mí a partir de mi *persona* pública. Es decir, tienen una *idea* de mí previa a mi *presencia* física. Ya soy *figura* de fotografías, televisión, revistas, de manera que no asombro, soy una *efigie* acostumbrada y mi *presencia* física no altera la *percepción* previa que se tiene de *mí*.

Adán Gorozpe, alto funcionario, es un personaje que ha hecho de su existencia una escalada poco complicada, pero no por ello del todo placentera. Abre brecha a partir de su boda con Priscila, quien le garantizaría desde el lecho nupcial no sólo estabilidad sino un futuro, amén de sus propios esfuerzos y aptitudes para sostenerse y avanzar en cualquier tarea que le fuera encomendada. Abogado eficiente y mesurado, representa la figura de *hijo del sistema* en cuya entraña viene gestándose también la razón del *piantao*. ¿Cómo contener la atracción del canto de sirenas que simbolizan un ejercicio desmedido de autoridad? ¿Es posible tener el mando sin jactarse de ello por cualquier vía? ¿Invariablemente todos los gatos son pardos? Tengamos esto presente: *quien rechaza el poder es rechazado por el poder*. “...vayan sumando lo que ya saben: vivo en casa de mi suegro el Rey del Bizcocho, tengo un matrimonio longevo y superviviente con Priscila, la ex Princesa de la Primavera, voy de la casa a la oficina y de la oficina a la casa, rara vez salgo a eventos sociales”. Gorozpe tiene reticencia al poder absoluto pero de él depende, y no una si no dos y hasta tres veces.

Romper la rutina y encontrarse sin buscar la puerta de un cambio. El dilema ya no es entrar o no, sino saber caer para seguir caminando. Gorozpe se encuentra en el camino a su *Némesis*: Góngora, adversario y rival, otro Adán, representando lo opuesto, *el lado oscuro de la fuerza* que lo abruma, lo seduce y lo traiciona. Es incógnita y reto, bifurcador de senderos. “El poder impone obligaciones nada pero nada agradables, ¿sabe usted?, ¿me entiende?, ¿qué tal?”. Ser Presidente, ser alguien: la oferta que le cae a Gorozpe más que del cielo del *Valle de lágrimas* es irrechazable al costo de aguantar y seguir dándole vueltas a un círculo que arrastra desde hace siglos la simulación, la farsa, el mero interés pues.

Todo parecía confabulado para desconcertarme. Los anteojos negros de mis funcionarios. El renacimiento romántico de mi pobre Priscila. La aparición del amenazante militar Adán Góngora.

¿Hacer caso de las señales? Eso es asunto de místicos y candidatos a ser santos, pero cuando la tierra tiembla y el espacio se ilumina con estelas fugaces en este país suceden cosas raras. En política, la política mexicana, no hay coincidencias, sólo fe y un poco de maña también. Los acuerdos, los cercos, las avanzadas, los albazos, las promesas, los sitios, las campañas, toda la parafernalia de la élite del poder apuesta a que el pueblo no deja de creer; pese a todo siempre hay algo que emerge o lo sacan para que todo cambie y siga igual. ¿Un niño que predica en medio de la avenida más importante de la Nación es un comienzo o un final? Todo es rito y máscara, también espera y desilusión: un ciclo vital que nos duele romper. *En México no hay tragedia, todo se vuelve afrenta*.

No hace tanto, mientras caminaba por Corrientes, un amigo cámara en mano escuchó un comentario de éstos que no se van nunca: “hemos vivido a base de engaños”. Reviré al vuelo con una pregunta terca: “¿tendría sentido vivir de otra forma?”.

Tiene Adán Gorozpe, el nuevo *Prometeo*, pese a sus convenciones y educación, un atisbo de locura que le hace pensar y dudar, como cuando su maestro Filopáter pregonó la *herejía* de Platón: “Si Dios existe, perdemos las esperanzas porque los dioses sólo favorecen a la humanidad cuando pierden la razón”. La luz al final del túnel es como la utopía, por más que la vemos, no sabemos a qué distancia está. ¿Tiene sentido andando el trayecto reflexionar sobre el paisaje del comienzo cuando ha quedado atrás? En esas condiciones sólo vale que los motivos permanezcan, la creencia de que se llegará a algún sitio. ¿Y si perdemos el alma?

¿Qué hacer para llegar a la última escena de la obra? Gorozpe juega en el tablero que él eligió y está dispuesto a perder, mas no a dejar de hacer algo. Alguien le muestra lo evidente: “México es un país enamorado del fracaso... a veces creemos que sólo la violencia revolucionaria nos salvará, a veces creemos que sólo la falsa paz contrarrevolucionaria es nuestra salud, ve lo que pasa, usamos la violencia sin revolución, la paz sin seguridad, la democracia con violencia, círculo vicioso, Adán, ¿cómo salir de él?”. ¿Y si ganamos un alma?

¿Cuál desenlace nos agrada más? Después de todo, *lo más fácil, entre nosotros, será morir; un poco menos fácil, soñar; difícil, rebelarse; difícilísimo, amar*. Es como en uno de los pasajes de *Los años con Laura Díaz*: hacer patente la contradicción de que las ideas aprendidas en los libros y en las escuelas (justicia, libertad, igualdad, fraternidad) no son compatibles con la realidad provoca desasosiego y malestar. ¿Deseamos tener alma?

“¿Cómo confesarse ante el mundo? ¿Gritando? ¿Articulando? ¿Imaginándolo? ¿Dejándole a otros la tarea?”. *Adán en Edén* se convierte no en la pretensión del mesías que señala el camino, sino en una pausa, un respiro que despierta la memoria. El arribo de los números redondos es un pretexto más para volverlo a intentar. *¿Recordarás al país? Lo recordarás y no es uno, son mil países con un solo nombre*. El tiempo que describía Platón sigue acumulando sentidos. ■